

son posiciones extremas, aun dentro de lo exagerado de la tendencia. Ninguna exageración es cierta y en ella caemos ahora, un poco deliberadamente, para hacer ver que no es ésta la actividad que nos gusta. No hace falta que sea ésta. La razón no necesita de romanticismos para imponerse en la parte en que es vejada.

La razón de las ideas no está en su exageración, sino en su presencia y real vigencia cuando sea necesaria. Por miedo a que arda la tierra nadie prohibiría el fuego. La restricción que hay que poner a la expansión de las tendencias infantiles es la de su educación, y ninguna otra. Un criterio puede ser la compatibilidad o incompatibilidad de estas expansiones con las de los demás; con el provecho que una pedagogía prudente aconseje extraer del niño en la fase de evolución por que atraviesa, con la salud individual y colectiva, con las disponibilidades económicas que son fuerza mayor, etc. Pero en todo esto cabe engaño. No es justo, por ejemplo, colocar al infante en una estancia ricamente amueblada y luego alegar la fragilidad y caro precio de los muebles para condenarle a quietud perpetua. El niño es antes que las cosas. Una habitación vacía sería más barata, aunque no prestigiaría tanto ante las visitas.

En la Escuela *el orden* suele ser el pretexto. El orden, sin embargo, no es unívoco. No es el mismo para todas las edades ni para cada individuo. Y, desde luego, el orden no es la joya, el mueble caro de la Escuela. No debe serlo. Hay dos tipos de orden: el estático y el dinámico. El estático consiste en la recta disposición de las cosas en el espacio conforme a un plan. El dinámico es la armonía y concierto de las actividades en orden a un fin. La Escuela es una entidad dinámica. El maestro es el armonizador, el or-

questador de todas las actividades hacia *la mejor educación de cada uno de los individuos*. No es el individuo medio, el término medio, el que ha de salir educado e instruido, como no es el cristiano medio el que se ha de salvar, sino cada cristiano, cada uno de los hombres. El niño no es para el orden, sino el orden para el niño. ¡Y el maestro también! «No he venido a ser servido —dijo el Maestro Divino—, sino para servir». Y «no se hizo el hombre por causa del sábado, sino el sábado por causa del hombre».

Concreteemos para la práctica de la Escuela. No basta con oponer la intuición al verbalismo, hace falta que el alumno actúe más y escuche menos, que se interese, que participe espontáneamente en la labor, que su iniciativa valga, que, centrando su atención y disposición en una tarea adecuada a sus años, pueda aprender en ella y por ella lo que se juzgue necesario, fundadamente necesario, que aprenda. Y para determinar esta necesidad es preciso que el principal consultado sea él, su psicología, su capacidad, su momento evolutivo. No sacrificar el niño al método adoptado, sino adaptar el método al niño, a sus intereses, a sus gustos, a sus aficiones. El niño aprende más y mejor manipulando que oyendo. Antes de los diez años, por lo menos, el niño debería *ir haciendo* sus propios conocimientos: cuadernos, dibujos, modelados, recortes, colecciones, juegos, ficciones, calcomanías, y a medida que vaya creciendo, notas, esquemas, comentarios, minutas... Darle, en lo posible, el trabajo «hecho cosa» para que lo vaya realizando, plasmándolo y plasmándose a sí mismo en él, haga de él una prolongación de su personalidad incipiente y encuentre al alcance el mundo real que le rodea y los modos de tratarlo y comportarse frente a él. Que no vaya deduciendo de la teoría conclusiones para una práctica pos-